

Difusión del poder

XAVIER BATALLA

LA VANGUARDIA, 15.11.08

El poder estuvo poco repartido en el siglo XX. Hubo dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, y dos enanos políticos pero gigantes económicos, la Unión Europea y Japón. El siglo XXI será diferente. China e India emergen como grandes potencias, económica y políticamente, y el poder que en los últimos siglos se ha concentrado en Occidente se está dispersando. ¿Una prueba? La cumbre de Washington que celebra el G-20, grupo integrado por los ricos del G-7 y las potencias emergentes, sobre la crisis del sistema financiero internacional. Este cónclave es sólo el inicio de un proceso con voluntad de reforma, pero la presencia de los emergentes ya es una prueba del cambio operado en el poder mundial.

El predominio occidental fue primero europeo. A finales del siglo XV, las potencias eran Francia y el Sacro Imperio Romano Germánico. En el siglo XVI y los primeros decenios del XVII, la potencia fue España. A mediados del siglo XVII, Francia y Suecia encabezaron la lista. En el siglo XVIII, el club de los grandes, liderado por Gran Bretaña y Francia, se amplió con Austria y Rusia. En el siglo XIX, la pentarquía europea estaba integrada por el imperio austrohúngaro, Francia, Gran Bretaña, Prusia y Rusia. Y el siglo XX empezó con el ingreso en el club de las primeras potencias no europeas: Estados Unidos, que creció tras la victoria sobre España en Cuba, y Japón, que, al derrotar a Rusia en 1905, protagonizó la primera victoria de un pueblo no blanco sobre una potencia occidental. Ahora, la crisis financiera subraya cómo el mundo de las potencias occidentales está dando paso a otro global en el que el 50% de la riqueza se produce fuera de Occidente.

Estados Unidos era la potencia hegemónica cuando, en la década de 1940, se fundaron la ONU, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) y la OTAN. Estos organismos fueron concebidos como expresión del poder de Estados Unidos, que también tuvo en cuenta a sus aliados europeos.

La desaparición de la Unión Soviética en 1991 brindó la oportunidad de adaptar las instituciones internacionales a un mundo que cambiaba. Pero Bush padre, el primer presidente global, aunque habló de un nuevo orden internacional, no tuvo ningún proyecto. Y Bill Clinton, cuya visión organizadora fue la globalización, optó por reforzar o ampliar los organismos existentes. El GATT, por ejemplo, se transformó en la Organización Mundial de Comercio, que institucionalizó la globalización, y también se creó el G-20 como prueba de la cooperación multilateral. Los neoconservadores acusaron entonces a Clinton de no aprovechar la ocasión, cuando Estados Unidos era la única hiperpotencia, para imponer una gran estrategia americana. ¿Se equivocó Clinton? Lo único seguro es que Estados Unidos ha descubierto con Bush que no puede liderar el mundo por la fuerza.

El G-8, integrado por los países más industrializados y Rusia, es considerado frecuentemente un gobierno mundial. Pero no lo es y tampoco es la prueba de un mundo multipolar. Más que reflejar una multipolaridad, el G-8 es la jerarquía de Occidente (Japón incluido), en el que cada miembro vela por sus intereses. Si el G-8, creado en 1973, tuviera que ser fundado ahora, Italia seguramente no tendría sitio en el club. Por el contrario, China e India, con sus economías emergentes, sus arsenales nucleares y sus demografías, deberían tener reservado un

sillón, como Brasil. El mundo, pues, ha cambiado. El ministro brasileño Guido Mantega lo explica así: "Es curioso que cuando el G-20 fue creado lo que preocupaba eran las economías emergentes; hoy el G-20 tiene la tarea de dar soluciones y supervisar la crisis de los avanzados".

Todavía está vigente "la supervisión mundial ejercida por Occidente", en palabras de Zbigniew Brzezinski, el ex consejero de seguridad nacional de Carter. Es cierto que a China se le ha hecho un sitio en la OMC y se le han aumentado sus votos en el FMI. Pero los emergentes piden más, y eso representa un desafío para Occidente, que contempla a las autocracias emergentes como un modelo alternativo. Sin China ya no se puede resolver ningún problema global, pero tampoco será fácil integrarla en un escenario dividido. En la cumbre de Washington, que será seguida de otra en febrero, Bush cantará al libre mercado; Europa planteará la reforma, y los emergentes, el deseo de cambiar la arquitectura financiera global. Quieren que sea el inicio de un proceso, no una simple reordenación de las sillas en el Titanic. Pero hay que esperar a Barack Obama.